





JACQUIE D'ALESSANDRO

**UN
ROMANCE
IMPOSIBLE**

SERIE REGENCIA HISTÓRICA, 03



Este libro está dedicado con amor a mi hijo, Christopher. Gracias por llenar mi vida de música, hacerme reír y convertir cada día en una gran aventura, incluso esos días sin paseos en Zodiac ni ATV. Te quiero.

Y, como siempre, a mi maravilloso marido Joe, que no deja de animarme. Si existiese un premio para el Hombre Más Paciente, no cabe duda de que lo ganarías tú. Gracias por brindarme siempre tu apoyo y tu cariño. ¿Te he dicho hoy cuánto te quiero?



ÍNDICE

ARGUMENTO	5
AGRADECIMIENTO.....	6
Capítulo 1.....	7
Capítulo 2.....	15
Capítulo 3.....	31
Capítulo 4.....	45
Capítulo 5.....	60
Capítulo 6.....	68
Capítulo 7.....	83
Capítulo 8.....	101
Capítulo 9.....	122
Capítulo 10.....	134
Capítulo 11.....	151
Capítulo 12.....	163
Capítulo 13.....	179
Capítulo 14.....	191
Capítulo 15.....	201
Capítulo 16.....	218
Capítulo 17.....	229
Capítulo 18.....	240
Capítulo 19.....	259
Capítulo 20.....	269
Capítulo 21.....	280
Capítulo 22.....	284



ARGUMENTO

Colin Oliver, el vizconde Sutton, deja su amada casa rural para encontrar esposa en Londres. Sin duda, alguien bastante distinto a Madame Alexandra Larchmont: ella es ahora el no va más entre la nobleza, y es bella como pocas, pero también se dedica a echar las cartas en los salones de la alta sociedad. Sin embargo, Colin tiene sus buenas razones para no quitarle la vista de encima...

Durante años, las cartas han prevenido a Alexandra contra el desconocido de cabello oscuro que causará estragos en su vida, y cuando lo conoce en una velada lo primero que piensa es en huir. Por desgracia, también acierta a entre oír la trama de un asesinato, y la única persona a quien puede acudir es el hombre de quien sabe que debería apartarse, un hombre que la observa con una mirada francamente ávida.

¿Qué sucede cuando una mirada apasionada empieza a brillar en el rostro de un hombre peligroso?



AGRADECIMIENTO

Querría dar las gracias a las personas que cito a continuación por su inestimable ayuda y apoyo.

A mi editoras, Erica Tsang, y a todas las personas maravillosas que trabajan en Avon/Harper Collins por su amabilidad y aliento, y por contribuir a hacer realidad mis sueños.

A mi agente Damaris Rowland, por su fe y sabiduría.

A Jenni Grizzle y a Wendy Etherington por mantenerme con vida y estar siempre dispuestas a compartir una botella de champán y un trozo de pastel de queso

También deseo dar las gracias a Sue Grimshaw, Kathy Baker, Kay y Jim Johnson, Kathy y Dick Guse, Lea y Art D'Alessandro, y a Michelle, Steve y Lindsey Grossman.

Un ciberabrazo a mis amigas Connie Brockway, Marsha Canham, Virginia Henley, Jill Gregory, Sandy Hingston, Julia London, Kathleen Givens, Sherri Browning y Julie Ortolon, así como a las autoras de la serie Temptation.

Un agradecimiento muy especial a los miembros del Georgia Romance Writers.

Y por último, gracias a todos/as los/as lectores/as maravillosos/as que se han tomado la molestia de escribirme. ¡Me encanta tener noticias vuestras!



Capítulo 1

La fiesta anual de lord y lady Malloran promete ser este año más emocionante que nunca, ya que se han contratado los entretenidos servicios de la misteriosa y solicitada echadora de cartas madame Larchmont. Dado que las provocativas predicciones de madame son extrañamente precisas, su presencia en cualquier fiesta garantiza el éxito de la misma. También estará presente el vizconde Sutton, un buen partido, que acaba de regresar a Londres tras una prolongada estancia en su propiedad de Cornualles y quien, según se rumorea, busca esposa. ¿No resultaría delicioso que madame Larchmont le dijese con quién vaticinan las cartas que va a casarse?

DE LA PÁGINA DE SOCIEDAD DEL LONDON TIMES.

Alexandra Larchmont clavó en lady Miranda una mirada intensa que aportaba mayor credibilidad a sus predicciones. Dado que lady Miranda era prima segunda de la anfitriona de Alex, lady Malloran, quería asegurarse de que la joven quedase contenta con la tirada de sus cartas.

—Aunque adivino por sus cartas y su aura que sufrió dolor en el pasado, su presente está lleno de grandes promesas, fiestas, joyas y fabulosos vestidos.

Los ojos de lady Miranda brillaron de alegría.

—Excelente. ¿Y mi futuro? —susurró, inclinándose hacia Alex.

La muchacha estaba a punto de bajar la mirada para consultar las cartas cuando la apiñada multitud de invitados a la fiesta se separó un poco y su atención se vio atraída por la visión de un hombre alto y moreno.

El pánico recorrió sus terminaciones nerviosas, y sus músculos se tensaron, porque pese a los cuatro años transcurridos desde la última vez que lo vio, lo reconoció al instante. En las mejores circunstancias no sería un hombre fácil de olvidar, y las circunstancias de su último encuentro jamás podrían describirse como



«mejores». Aunque ignoraba su nombre, su imagen estaba grabada a fuego en su memoria.

Deseó con todas sus fuerzas que hubiese permanecido allí y no a cuatro metros de distancia. Si él la reconocía, quedaría destruido todo aquello por lo que tanto había trabajado.

Su instinto le pedía a gritos que huyese, pero permaneció donde estaba. Como si estuviese atrapada en una horrible pesadilla que avanzase despacio, su mirada vagó por la silueta de él. Iba vestido de forma impecable, con traje negro de etiqueta, y su cabello oscuro brillaba al resplandor de las docenas de velas de vacilante llama de la araña que colgaba del techo. Llevaba en la mano una copa de champán, y la joven se estremeció; se pasó las palmas húmedas por los brazos mientras recordaba con todo detalle la fuerza de aquellas manos grandes que la agarraron y le impidieron escapar. Por necesidad, había aprendido de muy joven a dominar sus miedos, pero aquel hombre la había alarmado y acobardado como nadie lo había hecho jamás, ni antes ni después de su único encuentro.

Las cartas la habían avisado una y otra vez sobre él —el extraño moreno con los ojos de un intenso color verde que haría estragos en su existencia— años antes de que lo viese aquella primera vez. Las cartas también habían predicho que algún día volvería a verlo. Por desgracia, las cartas no la habían preparado para que algún día fuese aquel preciso momento.

Alzó la vista y observó con una tremenda sensación de alarma cómo la mirada de él recorría despacio la multitud. En cuestión de segundos esa mirada caería sobre ella.

— ¿Se encuentra bien, madame Larchmont? Se ha puesto pálida como la cera.

La voz de lady Miranda obligó a Alex a apartar su mirada del hombre. La joven la observaba con los ojos entornados.

Antes de responder, Alex buscó en su interior esa expresión inescrutable que tan buenos resultados le había dado siempre.

— Estoy un poco acalorada, cosa que por desgracia interrumpe mi energía psíquica —dijo con voz bien modulada, en un tono sereno perfeccionado tiempo atrás que no dejaba entrever su agitación interior—. Un poco de aire me sentará bien y me permitirá volver a comunicarme con los espíritus. Si me disculpa...

Su mirada regresó al hombre por un instante. Una joven de gran belleza, a la que reconoció como lady Margaret, hija de lord Ralstrom, se acercó a él, sonriendo con una inconfundible expresión de embeleso. Sin duda una mujer así mantendría su interés el tiempo suficiente para que ella pudiese escapar.



Envolvió las cartas rápidamente en una pieza de seda de color bronce, deslizó la baraja dentro del profundo bolsillo de su vestido y se levantó a toda prisa. Sintió un escalofrío de aprensión y el peso de una mirada sobre ella. Al alzar la vista, se quedó sin aliento.

Unos ojos de un intenso color verde la evaluaban con una penetrante intensidad que le produjo frío y calor a un tiempo. Y que la inmovilizó al igual que sus manos lo hicieran cuatro años atrás. El corazón le dio un vuelco, y por la mente de la muchacha cruzó el pensamiento de que sin duda habría docenas de mujeres que harían lo imposible con tal de recibir la atención de aquel hombre. Sin embargo, Alex no era una de ellas.

¿La reconocía? Alex no podía saberlo, pues su expresión no delataba nada. Pero no pensaba perder tiempo en averiguarlo.

—Los espíritus me llaman; tengo que irme —dijo a lady Miranda antes de dar un rápido giro y desaparecer entre la multitud con una habilidad que era fruto de años de práctica.

Por desgracia, no sabía adonde iba. Todo su ser estaba consumido por una sola idea: escapar. La misma idea que el extraño había inculcado en ella la última vez que se encontraron.

Se detuvo tras abrirse paso hasta un extremo de la habitación, consternada y frustrada. Maldición, llevada por el pánico, había huido en la dirección equivocada. La mesa para echar las cartas se hallaba instalada cerca de las puertas acristaladas que conducían al exterior, y por lo tanto en ese momento estaba al otro lado de la gran sala llena de gente. Además, había docenas de invitados entre ella y el corredor que llevaba a la puerta de la calle, una situación que resultaba aún más fastidiosa porque sucumbir al pánico no era propio de ella. Sin embargo, no podía negar la agitación que la dominaba.

Observó a la multitud con una rápida ojeada. El corazón le dio un vuelco cuando su mirada se posó en el hombre de ojos verdes. Fruncía el entrecejo como si él también observase a la multitud. ¿En busca de ella?

Empujada por una desesperación que no podía controlar, se deslizó por el corredor más próximo. Con el corazón desbocado, hizo un esfuerzo por no correr, por no mostrar ningún signo de alarma externo en caso de que se encontrase con alguien. Una puerta abierta a la izquierda ofrecía la esperanza de un refugio, pero al acercarse oyó voces masculinas procedentes del interior y siguió adelante. Pasó ante otros umbrales pero no se detuvo, decidida a poner toda la distancia posible entre el hombre y ella. Él no registraría la casa para encontrarla, suponiendo que la buscase.

Su mente pensaba a toda velocidad. Solo tenía que hallar una habitación... a ser posible en la parte posterior de la casa. Saldría al jardín por la ventana y luego



desaparecería por las callejuelas. Desde luego, lady Malloran se enojaría, y sin duda Alex perdería los honorarios de toda la noche, una perspectiva preocupante ya que necesitaba ese dinero. Tendría que dar alguna excusa, alegando una pérdida de contacto con los espíritus, una profunda fatiga psíquica o algo parecido para que su reputación no se viese perjudicada. Por supuesto, sus esfuerzos bien podrían ser en vano, y todo a causa del extraño. Las ramificaciones de lo que podía significar para su futuro enfrentarse con el pasado...

Desterró de su mente la perturbadora idea. El futuro del que tenía que preocuparse en ese momento solo abarcaba los siguientes minutos. Una vez que escapase de allí, ya se preocuparía del mañana.

El corredor daba una serie de vueltas, y de pronto la joven se encontró en la penumbra. Los sonidos procedentes de la fiesta —las risas, las charlas, el tintineo del cristal— disminuyeron hasta convertirse en un murmullo apagado e indiscernible. Tras volver otra esquina, vio una puerta cerrada. Excelente. Por lo que sabía de las casas de Mayfair, lo más probable era que la habitación fuese una biblioteca o un estudio, y estaba claro que no se utilizaba para la fiesta. Avanzó deprisa, apoyó la oreja en la puerta de madera y a continuación se arrodilló para atisbar por el ojo de la cerradura. Convencida de que la habitación estaba vacía, accionó el pomo de latón, abrió la puerta lo justo para deslizarse a través de ella y luego la cerró.

Se apoyó de espaldas contra la pulida superficie de roble, inspiró con fuerza para tranquilizarse y llevó a cabo una rápida inspección de la habitación, que, como ella suponía, era un estudio. En vista de las paredes forradas de madera oscura y del sofá y las butacas de cuero marrón, de claro aire masculino, no había duda de que era dominio de lord Malloran. Fijó la mirada en la ventana del otro lado de la habitación, a través de la cual brillaba el plateado claro de luna. Era la única iluminación de la habitación, y ella se permitió disfrutar de un instante de alivio. La huida la llamaba, a menos de siete metros de distancia.

Sin embargo, cuando estaba a punto de apartarse de la puerta, un ruido la paralizó. El alivio se desvaneció, y la tensión volvió a dominarla. Alex apoyó la oreja en la rendija situada entre la puerta y el marco.

—Ahí está el estudio —dijo una voz baja y profunda—. En él podremos hablar sin que nadie nos interrumpa.

¿Podía empeorar su suerte aquella noche? Impulsada a la acción, Alex cruzó la habitación corriendo. Sin tiempo para escapar por la ventana, se ocultó tras las pesadas cortinas de terciopelo, bendiciendo la oscuridad de la habitación y maldiciendo a la vez su estupidez por vacilar un solo segundo para tomar aliento. Apoyó la espalda en los fríos cristales. Su salida.

Ahora no le servía de nada.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

